

Donald Trump, primer año de un presidente inclasificable

No es exagerado afirmar que el 8 de noviembre de 2016 el mundo contuvo el aliento. La mayor potencia del mundo, un gigante económico y el gran leviatán militar de nuestro tiempo, elegía como presidente a un aventurero de la política. Su ascenso respondía en su totalidad a una pulsión populista muy similar a la que, al mismo tiempo, avanzaba en Europa. Donald Trump iniciaba su andadura como presidente consagrado por su investidura en enero de 2017. En aquel momento, propuestas políticas de difícil calificación política y un bagaje moral crepuscular aparte, quedaba ya claro el tono humano del nuevo presidente, muy distinto al de su antecesor, Barak Obama. No cabe duda de que su presidencia pudo colaborar a polarizar la sociedad estadounidense, pero también que esta se caracterizó por unas formas cuidadas y un carisma apacible pero certero, su seña de identidad. En efecto, desde los mismos comienzos, Trump dejó claro que su discurso apelaría a la pasión y no al intelecto, que privilegiaría a la nostalgia frente a la razón, y que al ponderar el papel de los estadounidenses en las relaciones internacionales del siglo XXI, optaría por el exclusivismo americano en contraposición con el realismo de su antecesor.

I. La mística de la Presidencia

La victoria de Donald Trump ha hecho tambalearse hasta sus cimientos el sólido prestigio, el aura *sumosacerdotal*, de la Presidencia de los Estados Unidos de América. Forjada en el yunque de Hollywood

y de la Guerra Fría, ninguna magistratura civil a escala mundial tiene el mismo halo de prestigio o de misterio, ni está investida del poder que ostenta aquella cuyo núcleo son la Casa Blanca y su Despacho Oval. Más allá de disputas ideológicas o de conflictos políticos, hasta ahora —al menos durante el siglo xx— la Presidencia de los Estados Unidos se había erigido en un espacio de consenso y de encuentro para la sociedad estadounidense, y el cargo aportaba prestigio, *gravitas* y autoridad —asumida por todos— a quien lo ocupase, siempre y cuando se mantuviese dentro de unos determinados parámetros de comportamiento.

Afirmar que Donald Trump es el primer presidente en haber desatado pasiones encontradas, o en ver su presidencia amenazada por la acción de la justicia no respondería a la realidad. No hace tanto que la conducta nada edificante de Bill Clinton en el caso Lewinsky, casi le cuesta el cargo. Años antes, en 1974, un presidente republicano, Richard Nixon, abandonaba la Casa Blanca acosado por el escándalo del *Watergate*. El asunto no tuvo consecuencias penales gracias al perdón presidencial de su sucesor, Gerald Ford, que sacrificó sus opciones de continuar en la presidencia al concederlo, inmolándose políticamente para evitar la deshonra de la imagen de llevar a un presidente ante los tribunales.

En efecto, la saga de presidentes de los Estados Unidos no compone necesariamente una sucesión de conductas ejemplares, pero si da fe de cómo un sistema basado en el control del ejecutivo, la contraposición de poderes, y la firmeza en la defensa de un ideal nacional, pueden aupar y mantener el prestigio de determinadas magistraturas políticas. Como hemos apuntado, Hollywood ha colaborado eficazmente a apuntalar esa leyenda de la presidencia, y convertirla en producto atractivo no solo para el público estadounidense, sino asimismo para el consumidor mundial. La Presidencia, en definitiva, ha sido un producto tan cuidado como de éxito, sobre el que se sustentaba en buena medida un liderazgo internacional indiscutido. Al menos hasta ahora.

2. Balance interino. Un año de Trump

Ha transcurrido un año desde el discurso inaugural de Trump. Para muchos, resultó especialmente ominosa la coincidencia casi literal de una aquella frase “La ceremonia de hoy tiene un significado muy especial porque estamos transfiriendo el poder desde Washington D.C para devolvérselo a vosotros... ¡El pueblo!”, central en el discurso del nuevo presidente, con la pronunciada en un manifiesto de populismo desaforado por Bane; el villano de la última entrega de la saga Batman. Muchos medios de todo el mundo se hicieron eco de dicha coincidencia.

Aquello fue quizás circunstancial, pero también la perfecta síntesis de lo que había sido una suma de mensajes oportunistas y engañosos, hábilmente engarzados para apelar a la sentimentalidad de un creciente número de electores descontentos en la sociedad estadounidense. Votantes mesmerizados por la añoranza de un tiempo de empleo garantizado, una industria pujante, y la prevalencia de unos valores exclusivistas. En este sentido, es elocuente que el voto de la derecha cristiana más tradicional respaldase la victoria de un hombre tres veces casado, cuya conducta moral en el pasado en poco o nada se aviene ni a una interpretación laxa del dogma, demuestra la habilidad y doblez con la que se diseñó el discurso de la campaña. Como los partidarios del Brexit, y casi al unísono, Trump prometía el retorno a los *good old times*, hurtados por los burócratas de Washington, que habían desatado el espectro de la globalización, entregando el tesoro de la sociedad y la economía estadounidense a terceros y a extranjeros. El mensaje, eficaz, se sustentó además en una campaña de desinformación y *mala-información* muy bien diseñada, que daba credibilidad a mensajes no aptos para crédulos, por el mero hecho de ser portadores del sello de Internet.

Los peligros de una victoria electoral sustentada en esos principios eran evidentes y se han visto confirmados desde la investidura. La acción de gobierno ha sido, siendo generosos, un caos. Uno de los cargos centrales en el entramado del Ala Oeste, la Jefatura de Gabinete, un equivalente al puesto de primer ministro, ha tenido ya

dos responsables distintos, con una transición más que tormentosa entre ambos, en la que no faltaron insultos ni descalificaciones personales, no censuradas por el presidente. Otro puesto clave, el de portavoz de la Casa Blanca, ha sufrido vaivenes similares, con el propio Director de Comunicación, Anthony Scaramucci (el segundo nombrado para ese puesto por Trump), cesado solo diez días después de su nombramiento.

Al carácter ingobernable de la administración, del que estos hitos son solo un ejemplo, se suma la inédita intromisión en la acción de gobierno del entorno familiar del presidente, fundamentalmente de su hija Ivanka y del marido de esta, Jared Kushner, cuyo peso en la toma de decisiones no hizo más que aumentar desde el inicio de la campaña. Su influencia parece haberse extendido incluso a los contactos de la candidatura republicana con el Kremlin. Fruto de todo ello, las iniciativas de la administración han sido en todo caso más efectistas que eficientes, además de merecer —en demasiadas ocasiones— el calificativo de desalmadas. Es lo que cabe decir de la política cruelmente restrictiva con respecto a la inmigración y la llegada de refugiados a los Estados Unidos, cuyos efectos más nocivos se han visto frenados *in extremis* por los propios tribunales estadounidenses. El muro en la frontera con México sigue siendo un protagonista recalcitrante de las promesas del Despacho Oval. La pretensión de acabar con el polémico programa sanitario de la administración Obama —conocido como *Obamacare*— pone de manifiesto, al margen de los fallos de aquel proyecto, una visión escasamente compasiva de la acción del Estado. La reforma fiscal promovida por la administración apunta más a favorecer a la gran empresa que al ciudadano de a pie, uno siempre más desvalido en tiempos difíciles a ese lado del Atlántico, donde carecen de la red de seguridad que brinda el Estado del Bienestar europeo. La economía americana, en efecto, ha consolidado en estos meses su progresión ascendente, pero aún es muy pronto para ponderar el papel de la nueva administración en ello.

Por encima de todo ello, el propio presidente se ha sumado a la ceremonia de confusión con unas formas poco edificantes, quintaesen-

ciadas en su indiscriminado y agresivo uso de Twitter. Su recurso a esta red social como mecanismo de acción política y de combate mediático ha hecho, en efecto, poco por dignificar a la Presidencia. Mientras, Washington es un hervidero de rumores sobre el carácter atrabiliario e impulsivo de Trump, sobre su estilo errático de gobierno y su falta de cualidades para ejercer de moderador de la política nacional, como líder en la acción exterior, o como Comandante en Jefe del ejército más poderoso del mundo, por mucho que Trump se haya rodeado, como ningún presidente antes, de todas las banderas que simbolizan ese poder en el Despacho Oval.

3. Los peligros de la política exterior

Estados Unidos es la gran potencia de nuestro tiempo, y hablar de un presidente es hacerlo de su política exterior. Lo cierto es que, más allá del debate específico sobre el perfil global de la Casa Blanca, con Donald Trump los Estados Unidos han perdido el papel de líder moral de la comunidad internacional. Nunca, ni siquiera en los tiempos de la "Guerra contra el Terror" de George W. Bush, en los que la oposición a la acción unilateral de los Estados Unidos alcanzó un notable consenso internacional, se habían desprestigiado los fundamentos de la política exterior del país. La razón es simple, al contrario que en otros momentos de la historia reciente de los Estados Unidos, su política exterior ha perdido todo sentido y dirección. Norteamérica parece haber perdido el norte y resulta dramático.

El presidente llegó a la Casa Blanca abanderando un repliegue de los Estados Unidos en su papel de policía del mundo. Al mismo tiempo, exigía un mayor esfuerzo militar de los socios de la OTAN en la defensa común. Desde entonces, Trump ha apostado en cambio por medidas que contravienen esa premisa, aumentando el arsenal nuclear de los Estados Unidos, con el que ha llegado a amenazar directamente a Corea del Norte: vía *tweet*. Los Estados Unidos están abandonando las iniciativas multilaterales de libre comercio, de las que hasta la llegada de Trump al poder, Estados Unidos había sido el principal valedor. Lejos de mejorar la

relación con la Rusia de Putin, un Kremlin engolfado ha subido su apuesta por una nueva Guerra Fría.

Las respuestas a los desafíos han sido puramente cortoplacistas, y la administración no ha diseñado un plan u hoja de ruta que permita aprehender cuáles son sus objetivos a largo plazo. El caso de Corea del Norte es elocuente. El presidente Trump ha optado por entrar en una guerra dialéctica con Pyongyang antes que buscar una respuesta coordinada y eficaz a la creciente amenaza que se cierne sobre el mundo desde el norte del paralelo 38. Con ello, ha conseguido situarse a la misma altura dialéctica que uno del quizás más nocivo tirano del panorama internacional. La impresión generalizada es que Corea, o decisiones tan polémicas como el traslado de la Embajada estadounidense en Israel a Jerusalén, responden a la necesidad de esta Casa Blanca de generar un innecesario ruido de sables oculte los fallos en política doméstica y la ausencia de una estrategia en las relaciones con el resto del mundo. Estas iniciativas, como la revisión del acuerdo nuclear con Irán o en la cuarentena al deshielo con Cuba —por poner dos ejemplos señeros— dejan traslucir el carácter errático de Trump y su pulsión populista. Nunca una línea de acción bien definida.

En este sentido, la elección de Rex Tillerson, sin ninguna experiencia previa en acción política, proveniente de la gran empresa petrolífera Exxon Mobil, y cercano a Vladimir Putin, dice mucho del perfil de la visión internacional del Presidente. En el poco tiempo que Tillerson lleva en el cargo, ya se han filtrado sus profundos desencuentros con Trump. La locuacidad de este en las redes sociales le ha llevado incluso a desafiar a su secretario de Estado a competir con él en un test de inteligencia, tras un supuesto comentario de Tillerson, en el que calificaba al presidente como un "idiota". Algo de nuevo revelador sobre el abismo en el que ha caído la política exterior de los Estados Unidos. Los éxitos se miden por la ausencia de fracaso, gracias a la mediación de diplomáticos profesionales y de los muchos miembros de las Fuerzas Armadas en los que Trump ha confiado para puestos y decisiones clave, y que han permitido

perseverar cuestiones clave como la lucha contra el Estado Islámico, sin desviaciones ni excesos.

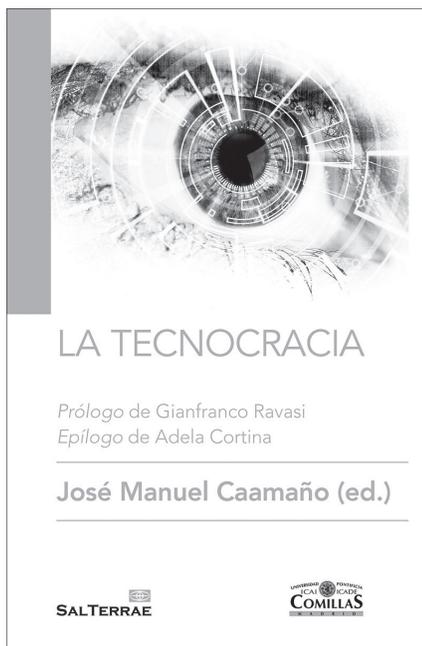
4. La sombra del futuro

A comienzos de este año vio la luz la obra *Fire and Fury*, de Michael Wolff. Se trata del primer relato de Trump y de su llegada al poder redactado por un *insider*. Muchas veces malicioso y oportunista, el libro sin embargo ofrece también un relato descarnado y —para muchos analistas— muy creíble de la peripecia de unas elecciones que Trump no esperaba ganar, y afrontó con la levedad del jugador compulsivo. El ahora presidente aparece como caprichoso frívolo, que aspiraba a la fama mundial que le daría la derrota, atalaya desde la que haría grandes negocios. Con la victoria se encontró frente a una de las mayores responsabilidades políticas que puede adquirir un ser humano.

A caballo de la inconsistencia del que se siente ganador perdiendo, está por ver hasta qué punto los contactos de la candidatura republicana con el Kremlin (que ya están siendo investigados), o la ausencia general de un proyecto, permiten a esta administración perpetuarse en el tiempo. Por un lado, hay quien dice que esta Presidencia acabará en *impeachment*, y que el ultraconservador Mike Pence cerrará el ciclo aún con mayor ignominia que Gerald Ford por su perdón a Nixon. Pero también están quienes intuyen que quizás, con su victoria, Trump ha dinamitado bases profundas de la política americana. Ante todas esas incertidumbres, solo cabe depositar la esperanza en uno de los entramados burocráticos y administrativos más eficientes del mundo, y en un sistema político con multitud de defectos, que reacciona mal ante lo imprevisto y, por lo tanto, procurará retomar un rumbo sensato.

Mientras, en apenas tres años, serán los estadounidenses, como en cualquier democracia, quienes decidan sobre el futuro de su país y el tipo de grandeza que desean. ■

SALTERRAE



JOSÉ MANUEL
CAAMAÑO (ED.)

La Tecocracia

Prólogo
de Gianfranco Ravasi

Epílogo de Adela Cortina

P.V.P.: 16,50 €
144 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

Tecnocracia: un sistema que deja el Poder en manos de una minoría. Algo así como un gobierno de los “especialistas”, los más formados. Un libro para desmontar falsos mitos, conocer más sobre las respuestas filosóficas tecnócratas o sus aplicaciones en la ingeniería. ¿Es quizá este sistema un medio para conseguir el mayor bien de la humanidad? Con un epílogo de Adela Cortina y prólogo de Gianfranco Ravasi.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
